

Enriqueta, sin más explicaciones, sacó del cajón de su mesa un papel azul y entregándolo á Valentín, dijo :

— Ocorre esto.

Era el telegrama de Celina. Valentín le leyó sin decir palabra, le volvió para ver la dirección, le arrolló ligeramente con los dedos y dijo, mirando á su mujer :

— Un anónimo... ¿ Qué valor tiene esto ?

— El que usted quiera darle declarando si lo que dice es verdadero ó falso.

— Antes de responder, permítame hacer una pregunta. ¿ Sospecha de quién puede venir este aviso ?

— No lo sospecho, lo sé de cierto. El despacho no está firmado, pero la letra está tan poco disfrazada, que es imposible no saber la persona que le ha escrito.

— ¿ Y esa persona es ?...

— La señora de Clement.

Valentín sonrió dulcemente.

— Yo también lo pensaba.

Enriqueta agitó con impaciencia su bella cabeza y dijo, volviendo á su pregunta :

— Pero lo que dice, ¿ es verdadero ó falso ?

— Es la verdad.

— ¿ Ha tenido usted un altercado con el coronel Redel ?

— Sí.

— ¿ Dónde ?

— Aquí, ayer, en ausencia de usted.

— ¿ Delante de Celina, entonces ?

— Delante de Celina.

— ¿ Y por su causa, acaso ?

— No. Fué un pretexto. No se trataba en realidad más que de usted.

Enriqueta miró á su marido con la tranquilidad de la fuerza y dijo sentándose :

— Va usted á darme, se lo ruego, algunas explicaciones respecto de eso, porque su intervención en lo que á mí se refiere es tan nueva y tan poco justificada, que deseo saber á qué la debo.

— Voy á tener el gusto de complacer á usted.

Se sentó también, con una desenvoltura desconcertante, y dijo, estregando á la condesa el telegrama que conservaba en la mano :

— Tome usted ; recobre su papel. Es una prueba que puede, acaso, serle útil, ¿ quién sabe ? En todo caso no me pertenece. Volviendo al coronel Redel, supongo que no asombrará á usted que le diga que había notado sus asiduidades. No encontraba ciertamente en eso nada reprehensible ; soy demasiado amigo de mi libertad para querer restringir la de los demás. Creía muy natural que un hombre como el señor Redel se ocupase de una cumplida mujer como es usted. Se encontraba en

buena sociedad, porque está usted rodeada de hombres de mérito que constituyen un verdadero Decamerón, y yo no veía en esto más que ventajas. El coronel acompañaba á usted, lo que la hacía ser más indulgente para mis ausencias. Llenaba, en fin, á satisfacción de todos su función social y yo no pensaba en quejarme, cuando á alguien se le ocurrió, cerca de nosotros, acusarme á mí de lo mismo que yo soportaba tan bien en los demás, y juzgar escandaloso el verme coquetear con una de sus amigas de usted, cuando yo miraba con tal placidez que el coronel hiciese á usted la corte. Quedé asombrado y descontento, porque encontraba esto injusto y así lo hice observar á la persona que intervenía en la cuestión, ¿por qué no nombrarla? mi madre. No acogió mis razones, me expresó los más vivos temores, declaró que yo ofendía á usted y, en una palabra, me intimó la orden de cesar en mis coqueteos, bajo pena de graves complicaciones. Yo, que soy un hijo tan obediente como marido bonachón, di á mi madre las más calurosas seguridades y ella, entonces, declaró que no toleraría tampoco que se hiciera conmigo lo que me prohibía hacer con los demás. Este es, en lo que me toca personalmente, el estado de la cuestión. Probablemente haría á quien correspondiese las observaciones anunciadas y se puede creer que éstas han sido acogidas por

ese lado con menos resignación que por el mío, puesto que, sin provocación de mi parte, el coronel Redel me ha ofendido tan gravemente que he tenido que exigirle una satisfacción.

Enriqueta escuchó sin decir palabra, sin hacer un movimiento, como si no se tratase de ella.

— ¿Y qué tiene que ver con todo eso la señora de Clement?

— Estaba presente cuando el coronel me ofendió... y conoce, por tanto, la cuestión. Por eso ha podido informar á usted de ella.

— ¿Con qué objeto? ¿En interés de quién?

— ¡Ah! querida mía, me pregunta usted más de lo que sé.

— O más de lo que quiere decir.

— ¿Por qué?

— Porque la verdad no le honraría á usted.

— ¡La verdad!... ¡Cómo! ¿Me acusa usted de ocultarla?

— Sí.

Se miraron frente á frente y, por primera vez, se abordaron con resolución, abriendo el corazón, sin disimular su pensamiento. Valentín no conoció á la grave y prudente Enriqueta en aquella mujer de frente osada, ojos irritados y labios trémulos. La vió con bastante fuerza para defenderse, hasta contra él, adversario tan peligroso por su doblez. Desde el principio de la conversación,

Enriqueta le observaba, sondaba todas sus frases y pesaba sus palabras, segura de que mentía, sublevada por su hipócrita dulzura y decidida á obligarle á mostrarse como era realmente; cínico y depravado.

— No sé, dijo, lo que ha pasado; nadie me lo ha dicho, pero estoy de antemano segura de que si el coronel Redel se ha salido con usted, y en su casa de usted, de la reserva y de la moderación que le son habituales, es que usted le ha obligado á ello con sus actos ó con sus palabras.

— ¡Muchas gracias por la buena opinión que tiene usted de mí! Estoy encantado al ver que entre su marido y un extraño, no duda en tomar partido contra mí.

— Conozco al uno y al otro y sé cuál de los dos debe tener razón.

— Soy el ofendido, y esta condición no me será disputada por mi adversario; prueba de que la razón está de mi parte.

— Eso es una prueba de que ha tenido usted la habilidad de excitar á un hombre leal y franco, á fin de reservarse todas las ventajas eligiendo el arma que más le convenga.

Valentín sonrió.

— Más vale matar al diablo que ser muertos por él...

— Usted no matará á nadie.

— ¿No? ¿Y quién me lo impedirá?

— Yo.

— ¡Usted! ¿Cómo?

— Si en este instante no se compromete usted á zanjar el asunto amistosamente, voy á buscar á su madre y se lo cuento todo.

Valentín permaneció un momento silencioso y después dijo, asestando á Enriqueta una mirada insolente:

— ¿Ama usted mucho á ese Redel?

El semblante de la joven enrojció, sus ojos despidieron llamas y, desafiando á su marido con la voz y con la actitud, contestó:

— Tengo por él una profunda estimación y un afecto sincero. Es todo lo que yo hubiera querido que usted fuese: digno y desinteresado. Le respondo de que no dejaré la vida de un hombre como él entre las manos de un hombre como usted.

Valentín hizo signos afirmativos y dijo en tono ligero:

— Y hará usted bien, porque, pardiez, no la tendría muy segura... Pero tranquilícese usted; no tengo el menor capricho de matar á ese héroe. Que se me dé una sombra de satisfacción y probaré mi condescendencia prestándome al arreglo que usted desea. Confesará usted que no es posible ser más conciliador.

Enriqueta miró á su marido con desconfianza.

— Eso depende de lo que usted entienda por una sombra de satisfacción... Precise su pensamiento.

— Voy á asombrar á usted por mi moderación. No pediré nada al coronel Redel... Es un soldado y le supongo puntilloso... Le dejo, pues, á un lado... Pero hay un testigo de la escena, la señora de Clement, y quiero que me tenga en buena opinión... Necesito que ella me asegure que no me juzgará mal si no llevo adelante este asunto... Deseo verla... Rúeguela usted que venga, déjenos hablar, y si ella me da buenas razones para prescindir de mis agravios, todo habrá terminado.

— ¿Por qué no va usted á su casa?

— ¡Oh! Parecería que andaba buscando un arreglo. No. Es preciso, por la forma, que me haga, al menos, rogar.

— ¿Y si ella no quiere prestarse á esa combinación?

La cara de Valentín manifestó una resolución implacable.

— Entonces, dijo, no espere usted nada de mí. Sucederá lo que quiere evitar.

Enriqueta inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció silenciosa un instante; después dijo con voz entrecortada:

— Leo en su pensamiento. Comprendo lo que quiere obligarme á hacer y enrojeczo por usted.

Amenazando de muerte á un inocente, exige usted que use mi influencia para traerle á esta casa una mujer que quiere usted que sea su querida y le buye. Esto es lo que usted quiere, ¿no es cierto? Quiere usted proponerla un trato como el que á mí misma me propone; la vida de ese hombre, que probablemente la había defendido, á cambio de su buena voluntad. ¡Oh! señor conde. ¡Qué corrupción! ¡Qué vergonzosa cobardía!

De sus ojos rodaron lágrimas de vergüenza y de cólera y quedó aterrada delante de Valentín, que la miraba con sorna, tan tranquilo ante su dolor como lo había estado ante su enfado.

— Hay que saber qué es lo que usted quiere, dijo. No pensará que voy á renunciar á vengarme de un hombre que me ha humillado y á quién detesto, si no se me ofrece la compensación que pido.

— ¿Y puedo yo obligar á esa desgraciada á obedecerle á usted? Ella es libre.

— Eso es cuenta de usted. Dígala lo que sea necesario decirla para que venga.

— ¿Tanto le odia á usted, que quiere forzarla?

— Me gusta por su misma resistencia.

Á estas palabras atroces, la altiva Enriqueta perdió el valor. Se vió perdida, á merced de un monstruo que sería inexorable y, débil por primera vez en su vida, exclamó torciéndose los brazos con desesperación:

— ¡No! ¡No obedeceré! ¡No seré cómplice de tal infamia! ¡Pídame lo que quiera, pero no eso!

Valentín hizo un ademán de descontento y de cansancio:

— ¡Bah! ¿Qué puedo yo pedir á usted? ¡Tantos aspavientos por una cosa tan sencilla! ¿Qué prueba que tenga yo tan negros proyectos? Procure usted creer que me he divertido con sus escrúpulos y con su ridículo rigorismo y que mi deseo se reduce sencillamente á entenderme con la señora de Clement para llegar á una solución aceptable para mi adversario y para mí. No crea usted nunca más que aquello que tenga interés en creer. Y, además, confíe usted en su amiga; ella sabrá sacarla del apuro. Es una persona un poco caprichosa, pero resuelta, y no se trata ya de su primer encuentro conmigo.

— Si eso es verdad, es usted muy despreciable diciéndolo.

— Supongo que no irá usted á publicarlo en los periódicos... La cosa ocurrió en Sauvigny, este verano, casi ante la vista de usted... ¿Es eso una flor de pureza? ¿La defenderá usted ahora?

— ¡Oh! Dios mío, gimió la joven; ¡es á mí á quien defiende! ¡Es á mis últimos pudores, á mis supremas ilusiones! ¿Qué he hecho yo, para sufrir pruebas tan duras? ¿Por qué es usted tan

egoísta, tan cruel? ¿No puede usted ser como los demás hombres, que son, al menos, indiferentes, inofensivos? ¡Todo lo que usted hace es monstruoso! Pero... ¡cuidado! Hay una justicia superior que hiere en el momento en que menos se espera... No obligue usted á los que tortura á dirigir sus plegarias á esa justicia...

— ¡Bueno! Henos aquí con leyendas y supersticiones ahora, dijo Valentín andando con aire de fastidio por el taller. Me va usted á representar el *Don Juan*: «Arrepiéntete...» Es inútil, hija mía. Estoy decidido á no cambiar mis planes y todas esas declamaciones me fatigan, sin provecho alguno. Resumamos, pues; usted quiere que la sacrifique un hombre. Yo, quiero que usted me sacrifique una mujer. Toma y daca. Esta es la operación, despojada de todos los artificios oratorios.

Esta vez Enriqueta recobró todos sus bríos, á la fuerza del ultraje. Se irguió de un salto, furiosa y soberbia, ante el conde y con el brazo levantado á la altura de su cara, como si fuese á abofetearle, contestó:

— ¡Esta es ya demasiada infamia! Rehusó. ¡Suceda lo que quiera!

— Como usted guste.

Enriqueta le señaló la puerta con un ademán:

— Ahora, estoy en mi casa; ¡salga usted!

Valentín se inclinó con tranquila gracia.

— Esto es lo que estaba esperando. Adiós, querida mía; hace usted una tontería y se arrepentirá.

Abrió la puerta y desapareció. Una vez sola, la condesa se sentó al lado de la chimenea y, con la cabeza entre las manos, reflexionó dolorosamente. La situación era clara, pero aterradora. La franqueza de Valentín probaba que estaba decidido á no retroceder. Pero ¿era cierto que había poseído á Celina? Entonces, una vez cometida la falta, ¿por qué la joven se resistía? ¿No venía todo el mal de aquella resistencia inexplicable y estúpida? Al pensar esto, Enriqueta no pudo contener un gemido. ¿La corrupción y la bajeza en que se veía obligada á arrastrarse, la habían ganado hasta el punto de acusar á la desgraciada Celina por no reincidir en su falta? Sus ojos se habían abierto á la razón y se había arrepentido. ¿Hacía falta más? ¡Y era esa vuelta al bien lo que creía un crimen!

El recuerdo de las pruebas que Valentín le había hecho sufrir y que, poco á poco, les habían desunido, vino á su pensamiento. ¿Por qué la querida había de haber sido menos sensible ó más acomodaticia que la esposa? Enriqueta juzgó á Celina más desgraciada que ella misma, porque sus penas no eran confesables. Pero no bastaba quejarse. Era preciso hacer algo y, ante todo, saber lo que había ocurrido para deducir una regla de conducta.

El conde había hablado vagamente de ofensas, sin precisar en qué habían consistido. ¿No mentiría? ¿No vendría de él el insulto? En este caso convendría cambiar de orientación y dirigirse á Redel. Enriqueta resolvió tomar noticias del único testigo del incidente, llamó con viveza y pidió su carruaje. Suponía que Celina, después de una escena tan violenta, estaría encerrada en su casa. No se engañaba; la encontró, en efecto, pero estaba enferma y había dado orden de no recibir. Esta consigna no podía detener á Enriqueta que pidió con insistencia ser anunciada á la señora de Clement. Pero en este momento llegó el señor Eliphaz que venía de visitar á su nuera, y él allanó todas las dificultades.

— Dejo en este instante á Celina, dijo, y realmente no está buena, pero se alegrará mucho de ver á usted, estoy seguro... Si hubiera previsto su visita hubiera dado orden de dejarla entrar. Justamente me hablaba de usted ahora mismo y me preguntaba si la vería hoy...

Sin más conversación la condesa subió y, penetrando al mismo tiempo que el criado que iba á anunciarla, sorprendió á la joven en el abatimiento moral en que estaba sumida desde el día anterior. Una ojeada bastó á las dos amigas para adivinarse y comprenderse, y las primeras palabras esclarecieron la situación.

— Celina, ¿es usted quién me ha enviado anoche este telegrama?

— Sí, Enriqueta.

— ¿Por qué no me habló usted en vez de escribirme?

— Porque no pude. Estaba presente el coronel.

— ¿Y qué sucedió entre él y el conde?

Celina palideció y permaneció callada. Había llegado el momento crítico para ella. Era preciso decir la verdad. ¡Y qué verdad! La más humillante para la mujer á quien tenía que decírsela y para ella misma.

— ¡Oh! Hable usted sin reticencias, exclamó la condesa con animación. No tiene usted nada que ocultar; mi marido me lo ha dicho todo.

Á esta revelación repentina la joven prorrumpió en un ligero grito y cubriéndose el rostro con las manos se quedó como desmayada en el respaldo del sillón, vertiendo silenciosamente gruesas lágrimas que se deslizaban entre sus dedos temblorosos. Ante aquella desesperación y aquel silencio, la condesa, movida á compasión y devorada de impaciencia, permaneció un momento pensativa y, después, no pudiendo dominar el deseo de conocer por fin los hechos, cogió á Celina por el brazo, descubrió su cara, y dijo, mirándola con autoridad:

— No se trata de llorar. Es preciso explicarnos

en primer lugar y obrar enseguida. No crea usted que tengo ni la apariencia siquiera de un sentimiento hostil. Pobre niña, usted es una víctima como yo y no puedo hacer más que compadecerla. Pero el daño que á las dos se nos ha hecho es irreparable, mientras que el que se quiere hacer á otro, inocente también, puede aún ser impedido. ¿Es usted una criatura ó una mujer? ¿Tiene usted valor ó no sabe más que gemir? ¿Quiere usted unirse conmigo para impedir que el conde mate al coronel Redel? Esto es lo que vengo á preguntarla.

Ante aquellas enérgicas declaraciones, Celina pareció reanimarse. Dirigió á Enriqueta sus ojos, aún llenos de lágrimas y respondió:

— Mande usted; yo obedeceré.

— ¿Por qué han regañado el coronel y el señor de Coutras?

— Porque el coronel me defendió contra el conde.

— ¡Oh! Bien me lo figuraba. Sí, su cólera contra Redel no es más que aparente, una comedia más, pero que puede convertirse en drama. Por medio de ese duelo quiere obligarla á usted...

— ¿Á qué?

— Á concederle lo que usted le niega.

— ¿Cómo puede usted creerlo?

— ¡Él me lo ha confesado! ¡Ha osado confe-

sármelo y pedirme que fuese intermediaria en ese repugnante convenio! ¡He aquí el hombre de que se trata! Y es tanto su poder de corrupción que, por un instante, he pensado proponérselo á usted. ¡Sí! He descendido hasta un pensamiento tan miserable! ¡Oh! Perdóneme usted Celina... No tiene usted que enrojecer delante de mí, porque ese propósito me ha hecho tan culpable como usted haya podido serlo.

— No se acuse usted, Enriqueta, ni me juzgue más severamente de lo que merezco. Jamás he cedido á él ¿entiende usted? Si él lo ha dicho, ha mentido. Se me ha impuesto por la violencia, por medio de una emboscada, como un ladrón, y mi horror hacia él es tanto, que preferiría morir á dejarle que se me acercara. ¡Ah! Le expresé con rabia mi repugnancia y mi odio y Redel, que acababa de librarme de sus manos, confirmó y agravó todas mis palabras. Por eso quiere matarle.

Enriqueta hizo un ademán de desaliento.

— ¡Oh! ¡Qué fatalidad le ha mezclado en todo esto!

— La fatalidad no ha hecho nada. Si el conde ha aprovechado la presencia de Redel para hacer pesar sobre él la responsabilidad del insulto, el coronel, por su parte, se ha valido de la ocasión para atacar á su marido de usted... Entiéndame bien, á su marido... No ha sido contra un hombre

que me ofendía contra quien se ha producido violentamente; ha sido contra el conde de Coutras, cuyo nombre lleva usted y del que es usted mujer. Esta es la verdad.

La condesa se sentó, sombría, y dijo al cabo de algunos segundos:

— Sí, esa es la verdad. Valentín me la ha dejado entrever con su audaz cinismo. « Usted quiere que le abandone un hombre; entrégueme en cambio una mujer. » Tales fueron los términos del convenio propuesto. Ha creído que yo amaba á Redel tanto como él desea á usted y me ha ofrecido asociar nuestras dos pasiones por un doble adulterio... ¡El miserable!

Celina aventuró una ojeada hacia su amiga y, sintiendo renacer su astucia y su curiosidad á medida que recobraba la posesión de sí misma, murmuró:

— ¿No ama usted, pues, á Redel?

Enriqueta irguió su altiva frente y asestando á la joven una ardiente mirada, exclamó:

— Si le amara, ¿no habrían hecho todo lo posible por conseguirlo? ¿Estaría yo aquí si no le amase? Sí, le amo como merece ser amado y sabré defender su vida. Pero, vamos á ver; usted debe estar informada de lo que pasa; usted oye hablar á su marido, á sus amigos... Yo no he visto á nadie desde ayer; todo el mundo

se oculta de mí... Dígame ¿qué sabe usted?

— Sé que mi marido tuvo anoche una entrevista con el coronel y ha salido esta mañana muy temprano... Le he preguntado y me ha respondido evasivamente que se trataba de un negocio importante para nuestro amigo...

— Es su padrino, no cabe duda, dijo Enriqueta. Redel le ha escogido para hacer imposible toda explicación y evitar que se arregle el asunto... ¡Y si se bate con Valentín, muere!

— ¿Cree usted al conde tan seguro de vencerle?

— ¡Oh! Usted conoce bien su sangre fría terrible y sus fuerzas hercúleas... Es valiente, porque es de buena sangre. Toda la superioridad que pueden dar en un duelo una fría firmeza, unos músculos incansables y una habilidad consumada, la tendrá Valentín sobre el leal, el sencillo, el confiado Redel, que irá al terreno sin preparación y casi desarmado... Si se bate, es hombre muerto.

Casi en voz baja, como hablando consigo misma, Celina murmuró:

— ¿Y si él matase al otro?

— ¡Oh! Usted no ve más que una cosa; que la casualidad puede librarla de su perseguidor... Pero yo no quiero correr esa eventualidad. Es preciso impedir ese duelo; es preciso, ¿me entiende usted?

— ¿Y cómo lograrlo?

— ¡Eso es cuenta de usted! Ya que es usted la causa de todo, busque un medio de arreglar las cosas...

— ¿Aun al precio de mi seguridad, de mi reposo? preguntó vivamente Celina.

— ¿Valen esa seguridad y ese reposo lo que van á costar?

— ¡Ah! Es usted muy dura, respondió la joven. No hay en todo esto más que un criminal; el conde.

— Pues bien; venga usted conmigo á denunciarle.

— ¿Á quién?

— Á la señora Mossler. Entre todos nosotros, ella decidirá.

— ¿Será preciso no ocultarle nada?

— Tome usted consejo de su conciencia.

— Sea, dijo Celina con resolución. Vamos.

Tomó vivamente el sombrero y el abrigo y siguió á la señora de Coutras.